

Carlos Gorriarena, *Reunión cumbre en el jardín de invierno*, 1978 (Gentileza Sylvia Vesco)

Dossier

Neoliberalismo
y neofascismo

El neoliberalismo se opone al populismo, asimilado a los gobiernos populares en América Latina, al fascismo en Europa. En realidad, neofascistas y neoliberales confluyen en su índole antidemocrática, corrosiva del Estado de Derecho.

Neoliberalismo contra neofascismo, el aparente clivaje europeo

La complementariedad de los opuestos

por Pierre Dardot* y Christian Laval**

El trueno de la elección de Trump para la Presidencia de Estados Unidos en noviembre de 2016, y meses después, el referéndum sobre el Brexit en marzo de 2017, tuvieron una fuerte repercusión simbólica: impactó en los ánimos el hecho de que Gran Bretaña y Estados Unidos, que fueron tierras de elección del neoliberalismo en los tiempos de Thatcher y de Reagan, parecen darle ahora la espalda mediante una reacción nacionalista. En el pasado, el neoliberalismo fue asociado con frecuencia a la “apertura”, al “progreso”, las “libertades individuales”, el “Estado de Derecho”. Hoy se conjuga con el cierre de fronteras, la erección de “muros”, el culto de la nación y de la soberanía del Estado, la ofensiva abierta contra los derechos humanos, los que parecen po-

ner en peligro la seguridad. ¿Cómo es posible esa metamorfosis y qué significado darle?

Neoliberalismo y fascismo

No conforme con nutrirse con las crisis sociales y económicas que genera, el neoliberalismo se nutre actualmente de las reacciones de hostilidad que suscita. Esta mutación afecta a todos los gobiernos, cada vez más numerosos, que manifiestan tendencias nacionalistas, autoritarias y xenófobas. Lo esencial es que estos gobiernos no cuestionan en absoluto al neoliberalismo como forma de poder. Por el contrario, reducen los impuestos de los más ricos, disminuyen las ayudas sociales, aceleran las desregulaciones, sobre todo en materia financiera o ecológica, y asumen plenamente el carácter absolutista e hiperautoritario del neoliberalismo.

Tenemos que evitar dos errores. El más antiguo consiste en confundir el neoliberalismo con “el regreso de Adam Smith”, o peor todavía, con “el fin del Estado”. El neoliberalismo es una forma de gobierno muy activa, que no tiene mucho que ver con el Estado mínimo del liberalismo clásico. Lo novedoso es que la índole fundamentalmente antidemocrática del neoliberalismo se traduce hoy en un cuestionamiento cada vez más abierto y radical de los principios y formas de la democracia liberal misma.

El segundo error, más reciente, consiste en explicar que nos las tenemos que ver con un nuevo “fascismo neoliberal”, o incluso con “un momento neofascista del neoliberalismo”(1). Pero ¿se puede amalgamar en un mismo fenómeno político “el ascenso de las nuevas derechas y la deriva autoritaria de neoliberalismo”? La asimilación es eviden-

temente problemática: ¿cómo identificar si no es mediante una analogía superficial “el Estado total” tan característico del fascismo y la difusión del modelo del mercado y la empresa en el conjunto de la sociedad? El riesgo reside entonces en “subsumir” fenómenos a la vez complejos y singulares en generalizaciones poco pertinentes, que no pueden sino producir a su vez un desarme político.

Para Henry Giroux, por ejemplo, el “fascismo neoliberal” es “una formación económico-política específica”. Según él, el fascismo se apoya en “pasiones movilizadoras” que se encuentran en el “fascismo neoliberal”: devoción al jefe, hiper-nacionalismo, fantasmas racistas, desprecio por el “débil”, el “inferior”, el “extranjero”, desdén por los derechos y la dignidad de los individuos, violencia para con los opositores, etc. (2). El mismo Paxton admite que “Trump retoma varios motivos típicamente fascistas”, pero ve en él sobre todo los rasgos más comunes de una “dictadura plutocrática” (3). Porque hay grandes diferencias con el fascismo: no hay partido único, no hay prohibición de toda oposición y disidencia, no hay movilización ni regimentación de las masas en organizaciones jerárquicas obligatorias, no hay corporativismo profesional, no hay liturgias de religión laica, no hay un ideal de “ciudadano soldado” totalmente consagrado al Estado total, etc. (4). En este sentido, todo paralelo con los últimos años de la década de 1930 en Estados Unidos es engañoso, a pesar de que Trump haya retomado la consigna “*America first*”, el nombre que le dio Charles Lindbergh a la organización fundada en octubre de 1940 para promover una política aislacionista contra el intervencionismo de Franklin D. Roosevelt. En efecto, no vivimos un “momento polanyano” (5), como cree Robert Kuttner, que se caracterizaría por el hecho de que los poderes fascistas retoman las riendas de los mercados ante los estragos del *laissez faire* (6). En cierto sentido es todo lo contrario, y es mucho más paradójico. Trump se presenta como el campeón de la racionalidad empresarial, incluso en su modo de conducir su política tanto interior como exterior. Vivimos el momento en que el neoliberalismo segrega desde dentro una forma política original que combina autoritarismo antidemocrático, nacionalismo económico y racionalidad capitalista ampliada.

El nuevo neoliberalismo

Lo que aquí denominamos “nuevo neoliberalismo” tiene de original que instrumenta la crisis de la democracia liberal-social que él mismo provocó canalizando el resentimiento de capas enteras de la población contra esa misma democracia. Esta transformación concierne a todas las formas nacionales de neoliberalismo. El neoliberalismo no es un conservadurismo. Es un paradigma gubernamental cuyo principio es la guerra contra las estructuras “arcaicas” y las fuerzas “retrógradas” que se resisten a la extensión de la racionalidad capitalista. Una de sus palancas preferidas es utilizar las vías de la “legalidad”, incluso de la constitucionalidad, de manera tal que el marco en el que deben desempeñarse todos los “actores” se vuelva irreversible. El fenómeno, no importa cuáles sean sus variantes nacionales, es general: dentro del marco formal del sistema político representativo se instalan dispositivos antidemocráticos de una eficacia corrosiva temible.

Pero ¿no es exagerado poner todas las formas del neoliberalismo “en la misma bolsa” de un “nuevo neoliberalismo”? Hay tensiones muy fuertes a nivel mundial y a nivel europeo entre lo que es preciso denominar diferentes tipos nacionales de neoliberalismo. Sin duda no cabe asimilar a Trudeau, a Merkel o a Macron con Trump, Erdogan, Orban o Salvini. Unos siguen apegados a una forma de competencia comercial supuestamente “leal”, mientras que Trump decidió cambiar las reglas de la competencia transformándola en guerra comercial al servicio de “la grandeza de Estados Unidos”; unos respetan todavía verbalmente los derechos humanos, la división de poderes, la tolerancia y la igualdad en derechos de los individuos, mientras que a los otros esto los tiene sin cuidado; unos creen tener una actitud “humana” respecto de los migrantes (algunos muy hipócritamente), mientras que los otros no tienen ningún escrúpulo en rechazarlos. De manera que hay que admitir una *diversificación* de mode-

lo neoliberal. Macron se presenta como la fortaleza frente al populismo de extrema derecha de Marine Le Pen, como su aparente antítesis. Aparente, porque Macron y Le Pen, aunque no son idénticos, en realidad son perfectamente *complementarios*. Uno hace de fortaleza mientras la otra se pone el traje de espantajo, lo que le permite al primero presentarse como garante de las libertades y de los valores humanos. Si hace falta, como en los preparativos de las elecciones europeas, Macron se empeña en enduccionar artificialmente el supuesto clivaje entre partidarios de la “democracia liberal” y partidarios de la “democracia no liberal”, a la manera de Orban, para presentar mejor a la Unión Europea como alineada con la democracia liberal.

El caso Macron

Pero tal vez no se haya percibido lo suficiente el *estilo populista* de Macron, que pudo parecer una mera mascarada por parte de un producto puro de la élite política y financiera francesa. La denuncia del “viejo mundo” de los partidos, el rechazo del “sistema”, la evocación ritual del “pueblo francés”, todo eso era tal vez bastante superficial e incluso grotesco, pero no por eso dejaba de traslucir el uso de un método que precisamente caracteriza al neoliberalismo: la canalización de la furia contra el sistema neoliberal. Pero el macronismo no tenía espacio político para tocar esa música durante mucho tiempo. No tardó en revelarse por lo que era y por lo que hacía. En continuidad con los gobiernos franceses precedentes, pero de manera más declarada o menos vergonzante, asocia con el nombre de Europa la más cruda y cinica violencia económica contra los asalariados, los jubilados, los funcionarios y los destinatarios de asistencia, y la violencia policial más sistemática contra las manifestaciones opositoras, como se vio sobre todo en Notre-Dame-des-Landes, y también contra los migrantes.

No falta la represión. Las manifestaciones sindicales o estudiantiles, aun las más pacíficas, son sistemáticamente reprimidas por una policía superequipada, muy dispuesta a aterrorizar a quienes se manifiestan y a infundir miedo al resto de la población. El caso Macron completa el retrato del nuevo neoliberalismo. Llevando al extremo la identificación del Estado con la empresa privada, hasta el punto de que quiere hacer de Francia una “start-up nation”, no deja de centralizar el poder en sus manos, y llega a promover un cambio constitucional que valide el debilitamiento del Parlamento en nombre de la “eficacia”. En este sentido es manifiesta la diferencia con Sarkozy: mientras éste multiplicaba las declaraciones provocadoras afectando un estilo “descontracturado” en el ejercicio de su función, Macron se propone devolver su brillo y su solemnidad a la función presidencial. Conjugó así un despotismo empresarial con una puesta en vereda de las instituciones de la democracia representativa en beneficio exclusivo del Ejecutivo. Se ha hablado con acierto de “bonapartismo” respecto de él, no solo por el modo en que tomó el poder barriando los partidos de gobierno anteriores, sino también debido a su ostensible desprecio por todos los contra poderes. La novedad que introdujo en esta antigua tradición bonapartista es precisamente una verdadera gobernanza empresarial. El macronismo es un *bonapartismo gerencial*.

El recurso a la ley contra la democracia

Vemos entonces que *la exacerbación del neoliberalismo* conjugó la mayor libertad del capital con los ataques cada vez más profundos contra la democracia liberal-social. ¿Hay que conformarse con retomar el lugar común crítico según el cual “el estado de excepción se ha convertido en regla”? Al argumento de origen schmittiano del “estado de excepción permanente”, que supone una suspensión pura y simple del Estado de Derecho, debemos oponer este hecho: el nuevo gobierno neoliberal se implanta y cristaliza a través de la *legalización* de las medidas de la guerra económica y policial. ¿No fue una de las medidas más emblemáticas de Macron la introducción en octubre de 2017 en la legislación corriente de las medidas “excepcionales” del estado de urgencia instalado después de los atentados de noviembre de 2015?

Como las crisis sociales, económicas y políticas son permanentes, corresponde a la legislación establecer las normas cuya validez permanente les per-

mitirá a los gobiernos responder a ellas en todo momento, e incluso prevenirlas. Así es como las crisis y urgencias dieron origen a lo que Harcourt denomina “un nuevo estado de legalidad”, que legaliza lo que hasta ese momento eran medidas de urgencia o respuestas coyunturales de política económica o social (7). Antes que un estado de excepción que funciona oponiendo reglas y excepción, afrontamos una transformación gradual y bastante sutil del Estado de Derecho que integró en su legislación la situación de doble guerra, económica y policial,

El nuevo gobierno neoliberal se implanta mediante la legalización de medidas de guerra económica y policial.

a la que nos condujeron los gobiernos. La doctrina neoliberal ya había elaborado el principio de esa concepción del “Estado de Derecho”. Así Frederik Hayek subordinaba explícitamente el “Estado de Derecho” a la “ley”. En su concepción la “ley” designa no cualquier norma, sino exclusivamente el tipo de normas de conducta igualmente aplicables a todos, incluso a las personas públicas. Lo que caracteriza exactamente a la ley es la universalidad formal que excluye toda forma de excepción.

En otros términos, se trata de producir no un sistema de excepción, sino más bien un sistema de normas que prohíbe la excepción. Y como la guerra económica y policial no tiene fin y reclama siempre cada vez más medidas coercitivas, la legalización de las medidas de guerra económica y policial no puede sino extenderse más allá de todo límite. El Estado de Derecho no es abolido desde el exterior, es destruido desde el interior con el objetivo de convertirse en un arma de guerra contra las poblaciones. El proyecto de ley de Macron sobre la reforma jubilatoria es ejemplar en ese sentido: de acuerdo con la exigencia de la universalidad formal, su principio es que un euro cotizado da exactamente el mismo derecho a todos, cualquier sea su condición social. En virtud de ese principio, está prohibido tener en cuenta el carácter penoso de las condiciones de trabajo en el cálculo de la jubilación. También en esto salta a la vista la diferencia entre Sarkozy y Macron: mientras el primero hacía adoptar ley tras ley sin que las siguieran decretos de aplicación, el segundo se preocupa mucho por la aplicación de las leyes. Allí está la diferencia entre “reformular” y “transformar”, tan cara a Macron: la transformación neoliberal de la sociedad exige la continuidad de la aplicación en el tiempo y no puede conformarse con efectos de anuncios sin mañana. La redundancia de la fórmula “nuevo neoliberalismo” (“neo” significa nuevo) no debe entenderse en el sentido de una ruptura con el neoliberalismo, sino en el de un vuelco agresivo contra la democracia liberal. En el fondo, el nuevo neoliberalismo es la continuidad del antiguo, empeorado. ■

1. Eric Fassin, “Le moment néofasciste du néoliberalisme”, *Mediapart*, 29-6-2018, <https://blogs.mediapart.fr/eric-fassin/blog/290618/le-moment-néofasciste-du-néoliberalisme>.

2. Henry Giroux, “Neoliberal Fascism and the Echoes of History”, <https://www.truthdig.com/articles/neoliberal-fascism-and-the-echoes-of-history/>; Robert O. Paxton, *The Anatomy of Fascism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2004.

3. Robert O. Paxton, “Le régime de Trump est une ploutocratie”, *Le Monde*, 6-3-2017.

4. Emilio Gentile, *Qu'est-ce que le fascisme? Histoire et interprétation*, Folio, Gallimard, 2004.

5. Alusión al cientista social austriaco Karl Polanyi (1886-1964), autor entre otras obras de *La gran transformación*, una crítica al liberalismo económico (N. de la T.).

6. Robert Kuttner, *Can Democracy survive global Capitalism?*, WW.Norton & Company, Nueva York/Londres, 2018.

7. Bernard E. Harcourt, *The Counterrevolution. How our Government went to War against its own Citizens*, Basic Books, Nueva York, 2018, pp. 213 y ss.

*Filósofo especialista en Hegel y Marx, coautor con Christian Laval de *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société neoliberal* (La Découverte 2009), y de *Marx, prénom Karl* (Gallimard 2012).

**Doctor en sociología, investigador francés sobre la historia de la filosofía utilitarista, la historia de la sociología clásica y la evolución del sistema de enseñanza.

Traducción: Marta Vassallo